

Sin que ninguno le viera
 Un rasgo de interés propio,
 Un pelo de conveniencias,
 Un algo que fuera sombra
 Del decoro y la decencia.
 Así le llamó el gran Juárez
 A que le diera asistencia;
 Y cumplió como hombre honrado
 La obra grandiosa y suprema
 Que redimió nuestra patria
 Abriéndole una era nueva.

Enero 4 de 1897.

GRANDE Y TREMEBUNDO ROMANCE

QUE EMPIEZA

CON MUCHO FUEGO Y QUE PARECE MILAGRO.

I

CON EL PERDON DE LA GENTE.

La putrefacción engendra
 A los deformes gusanos,
 Que son horror de la vista,
 En su vivir horror y asco,
 Y en la espuma y las entrañas
 Del pestilente pantano,
 Su alimento es el veneno,
 La destrucción su regalo,
 Y lo indigno y lo rastrero,
 Lo monstruoso y desastrado,
 Son su atmósfera constante
 Como nacidos del fango.
 Tal en las revoluciones
 La de principios más santos,
 La sangre deja residuos
 Que se van aglomerando
 Y que los pudre el desorden
 En cavernas ó collados;
 Y engendra mónstruos horribles,
 Feroces mónstruos humanos
 Conjunto como de fieras
 Y de seres degradados
 Que amamanta el negro crimen,
 Miman los asesinatos,
 Que de la embriaguez y el robo

Hacen su placer y encanto,
 Y su ocupación perpetua
 La matanza y el asalto.
 Tales fueron los bandidos
 Que llaman los *plateados*,
 Y en el Sur y sus comarcas
 Difundieron el espanto
 Tocando en lo inverosímil
 Y lo imposible tocando
 De horrores que causan miedo
 Solamente al recordarlos.
 Ni la inocencia del niño,
 Ni las canas del anciano,
 Ni el lecho del moribundo,
 Ni lo humilde, ni lo santo,
 Estas falanges de furias
 Un instante respetaron.
 Entre aquellos forajidos
 Ninguno frizó más alto
 Que un tal Salomé Placencia
 Que supeditaba al Diablo.
 Por donde el vil transitaba,
 Marcaba la muerte rastros;
 La mujer abandonada,
 Los hogares incendiados,
 Cadáveres insepultos,
 Sin habitantes los ranchos.

II

LAS GUERRILLAS.

Contra aquellos malhechores,
 Baldón de la raza humana,
 Brotaron unas guerrillas
 Que Reforma proclamaban:
 Y eran azote implacable
 De las fieras alimañas.
 En lo hondo de los barrancos,
 En lo alto de las montañas,
 Junto á las grandes haciendas,
 Entre dispersas cabañas
 Se encarnizaban refriegas,
 Se desolaban comarcas,
 Vagaban enloquecidas

Las poblaciones diezmadas.
 Las huestes perseguidoras
 Como ardiendo en odio y rabia,
 Y á veces en competencia
 Atrocidades sembraban,
 Que era la legal guerrilla
 Una rara mescolanza
 De patriotas sin mancilla,
 Entusiastas por su causa,
 De aventureros osados
 Y vagabunda canalla
 Que á los soldados se junta,
 Y los sigue con constancia
 Cual gaviotas tras las naves
 Por sus despojos atraídas.

III

LOS PLATEADOS.

Fué Yautepéc la cuna
 De los fieros *plateados*,
 Los de chapetas de plata,
 Los de los briosos caballos,
 Los de almas que al propio infierno
 Daban envidia y espanto.
 Y era Salomé Placencia
 El árbitro, el soberano
 De aquel conjunto de tigres,
 De aquella legión de diablos;
 De Atlihuayán en la hacienda,
 En los apartados campos,
 Do las cañas forman bosques
 Que hacen imposible el tránsito,
 Sus reales plantó Placencia
 O su refugio y amparo;
 Porque en la hacienda tenía
 Un pariente no lejano,
 Que aunque valerle no pudo,
 Que era bueno y que era honrado,
 Pudiera por compasivo
 Tenderle noble la mano.
 Emprendía correrías
 De desórdenes y asaltos,
 Le empalagaba el estupro,

Le hastiaba el asesinato,
 El robo y las extorsiones
 Le producían empacho.
 Entonces les daba suelta
 A sus malditos muchachos,
 Y muy cauto en escondite
 De todo el mundo ignorado,
 De vicio y crimen repleto,
 Se abandonaba al descanso:
 Como describen al boa
 De sangre y matanzas harto,
 Pedía al pesado sueño
 Nuevo vigor para el daño.

No sé cómo conocieron
 La guarida del malvado,
 Los sagaces guerrilleros
 Que le seguían los pasos,
 Como el gavilán al pollo,
 Y como al ratón el gato.
 Y una tenebrosa noche
 Su madriguera cercaron,
 Rodeándola cual de acero
 Hombres, armas y caballos.
 Placencia estaba despierto,
 Sin salida, sin un rayo
 De luz, que le condujera
 En lance tan extremado;
 Pero se vistió tranquilo
 Y ni un punto perdió el ánimo.
 —Abre la puerta, Placencia.
 —Allá voy, *me están peinando*.
 —Abre la puerta, te digo,
 O la vas á ver abajo.
 El jefe de la guerrilla
 Repite en acento airado:
 —Abre, Placencia, la puerta—
 Con pistola en cada mano.
 Aplauden los enemigos,
 Y él se coloca de un salto
 En el centro de la fuerza
 Embistiendo, destrozando,
 Amontonando los muertos
 Con sus certeros disparos.
 La guerrilla se dispersa,

Se hace confusión y escándalo,
 En la obscuridad se escuchan
 Gritos, tiros, y azorados
 Corren transidos de miedo
 Los jinetes y caballos.
 ¿Pero dónde está Placencia?
 Placencia había escapado,
 Con un palmo de narices
 A la guerrilla dejando.

CONCLUSIÓN.

Atlihuayán la noticia
 El caso supo temblando,
 Cuando el horrendo pariente
 Vió tranquilo, inesperado,
 A Placencia en su aposento
 Que le dijo con agrado:
 — Hombre, dame unos puritos,
 Que los míos he dejado,
 Porque me salí con prisa,
 En la mesa de mi cuarto;
 E iré mal en mi camino
 Si no lo paso fumando.
 Le dió el pariente los puros,
 Y él se salió paso á paso
 Por veredas excusadas
 A unirse con sus muchachos.

Enero 6 de 1897.

GRAN ROMANZO

DE

CORRENTE GALLO Y AL QUE NINGUNO LE EMPATA.

I.

QUEJAS AL VIENTO.

¿Por qué mi musa entusiasta
 Que tanto en lo bello adora,
 Y que quisiera entre bosques
 De laureles y de rosas
 Seguir los pasos gloriosos
 De la adorada Reforma,
 En vez de melífluos cantos
 Se desata en mustias trovas,
 Y hasta los himnos triunfales
 Interrumpe porque llora?
 — Porque sangre mexicana
 Sin secarse el suelo brota;
 Porque el dolor torna espinas
 La más brillante corona;
 Y porque, en la civil guerra
 Del sentimiento en la copa
 Siempre tienen dejo amargo
 Los triunfos ó las derrotas.
 Y atención, noble auditorio,
 Que va ó comenzar mi historia
 Con el disfraz de leyenda,
 Sin mucho ruido y sin pompa,
 Y que si le gusta al pueblo
 Lo demás nada me importa.

II.

MIRAFLORES.

En un terreno escabroso
 De Tlalmanalco llamado,
 Como huyendo temeroso
 De la laguna de Chalco,
 Trepándose sobre lomas
 O aplastándose en barrancos,
 En callejones estrechos
 Y con esmero alineados,
 Se miran blancas casitas
 De afanosos operarios,
 Con sus flores á la puerta,
 Sus gallinas y sus pájaros,
 Y sus mujeres muy guapas
 Y sus traviesos muchachos,
 Y al frente un grande edificio
 Que es de la industria palacio,
 Y que ocupa inmenso trecho
 Su simétrico cuadrado,
 Teniendo al pie sus casitas,
 Grandes ventanas en lo alto
 Proclamando gigantescas
 El imperio de los amos.
 ¡Qué virtud en los sirvientes
 Y qué bondad en los amos,
 Qué mansión de la ventura
 Es la fábrica de hilados.
 En lo interior los salones,
 En viva luz inundados,
 Con peones diligentes
 Sostén y honra del trabajo;
 En medio de la algazara
 Que hacen máquinas en lo alto
 Y del rodar de los tercios
 Y de acémilas y carros;
 Hay fuentes por donde quiera,
 Hay sus flores en los patios;
 Pero verdaderas joyas
 De este paraíso encantado,
 Son los dueños poseedores
 De este tesoro de encantos.
 Es un inglés circunspecto,

Anciano, derecho, flaco,
 Con gravedad en el ceño,
 Mas de virtudes dechado,
 Con amor paterno al pobre,
 Tierno con los desgraciados,
 Y con los trabajadores
 Que sus hijos les llamaron
 Generoso como nadie
 Y como ninguno humano.
 Le ayudaba en sus tareas
 Su hijo, garzón muy planchado,
 Alegre, valiente, activo,
 Que á su padre secundando
 Era ejemplo de obediencia
 Y de la fábrica el árbitro.
 No recuerdo bien el nombre
 De Robertson el anciano,
 Pero sí el de Don Felipe
 El más joven y simpático;
 Y ambos aunque su conciencia
 Los tenía sosegados,
 Presenciando los horrores
 De la guerra de tres años,
 De las guerrillas la furia,
 La devastación y escándalos
 Que seguían incesantes
 Las marchas de los *plateados*.
 Fortificaron su finca,
 Armaron sus operarios
 Y se dieron importancia
 Con un cañoncito enano
 Para sostener violencias,
 Para castigar asaltos,
 Los obreros se tornaban
 En invencibles soldados,
 Y en terrible fortaleza
 La negociación de hilados.

III.

LA GUERRILLA DE VILLALVA.

En el Sur, en los contornos
 De Cuautla y de Cuernavaca,

Se hizo un azote del diablo
 La guerrilla de Villalva,
 Compuesta de gentes buenas
 Y también de gentes malas;
 Mas sin morderse la lengua,
 Según pregona la fama,
 Era el general suriano
 Más dañino que la plaga
 De langosta destructora,
 Y más malo que la rabia,
 Más incurable que el cáncer
 Cuando invade las entrañas.
 Y esta tremenda guerrilla
 Que al Gobierno proclamaba
 Con exacciones feroces,
 Con ejecuciones bárbaras,
 A los grandes y á los chicos
 Con crueldades agobiaba;
 Su erario era el merodeo,
 Sus leyes las malas mañas,
 Llamando empréstito al robo,
 Y á veces á la matanza
 Azañas de la Reforma,
 Amor á la santa causa.
 Así el feroz guerrillero
 Asaltó la hermosa fábrica
 Exigiendo plata y hombres
 Por la fuerza de las armas,
 Lanzando sus proyectiles
 Por puertas y por ventanas.
 Mas los bravos operarios
 A sus contrarios rechazan,
 Que agotando sus esfuerzos
 Ni un solo palmo adelantan.
 La entrada del edificio,
 Que es levantada y es amplia,
 Sembrada está de cadáveres
 En la tierra ensangrentada;
 El jefe medio vencido
 Eleva bandera blanca
 Y solicita entrar solo
 Para conseguir por gracia
 Lo que no pudo la fuerza
 Ni han de conseguir las balas.

Mister Robertson concede
 Al feroz Villalva entrada
 Con todas las precauciones
 Que la situación demanda;
 El noble inglés lleva al jefe,
 Le cumplimenta y acata
 Y al fin se les deja solos
 En una pequeña sala
 Que corredor dilatado
 Lleno de flores señala.
 Allí se ocultó Felipe
 Con suspicaz desconfianza
 A custodiar con su rifle
 Al padre que idolatraba.

La entrevista de Villalva
 Y el anciano, no fué larga:
 El uno, hipócrita, expresa
 Su compromiso, sus ansias
 Y las duras exigencias
 Que tiene la gente armada.
 El anciano da recursos,
 Afable al agresor calma,
 Le obsequia, le satisface;
 Y el jefe, humilde le abraza
 Al pararse, como amigos,
 Cuando terminó la plática.
 La chusma del guerrillero
 Al exterior forma zambra,
 Y se pegaba á la puerta
 Del zaguán con cierta instancia
 Propia para crear sospechas
 Y tener viva la alarma.
 Felipe ni un punto pierde
 De su padre las pisadas,
 Y más cuando el guerrillero
 Cifne con robustas garras
 A su padre sin soltarle
 Que á la salida llegaba.
 A su vez sintió el anciano
 Una fuerza desusada,
 Y aunque desasirse quiso
 Tremenda presión le ahogaba.
 Entonces pidió socorro

Su dolorosa mirada;
 Entonces Felipe, amante,
 Al ver que se consumaba
 Un crimen contra su padre
 Que al plagio la fiera arrastra,
 A pesar de que su frente
 A la cabeza pegada
 Estaba del bandolero,
 Se decide, apunta su arma,
 Y el cráneo del guerrillero
 Intrépido despedaza.

Después se acerca á la puerta,
 Anunció lo que pasaba:
 Y se dispersó la turba
 Alejándose espantada.

Enero 8 de 1897.